OBRAS DEL AUTOR:

Concepción católica de la Política, 1932 (agotada).

Concepción católica de la Economía, 1936.

El Judío, 1936 (2ª. edición, 5º. millar).

Entre la Iglesia y el Reich, 1937.

Los tres pueblos bíblicos, 1937.

Qué saldrá de la España que sangra, 1937.

Un juicio católico sobre los problemas nuevos de la política, 1937.

En preparación:

2ª. edición (corregida y aumentada) de: *Concepción católica de la Política*.

JULIO MEINVIELLE

HACIA LA CRISTIANDAD

Apuntes para una filosofía de la historia

ADSUM
BUENOS AIRES
1940

Porque su poder es un poder eterno, y su reino de generación en generación. Y todos los moradores de la tierra delante de Él son reputados como nada: porque hace según su voluntad así en las virtudes del cielo como en los moradores de la tierra: y no hay quien resista a su mano, y le diga: ¿Por qué lo has hecho? (Daniel IV, 31 y sig.).

HACIA LA CRISTIANDAD

El criterio para formular un determinado juicio sobre un movimiento, debe fundarse en el fin hacia el cual se orienta. Todo movimiento no es puro resultado de fuerzas que obran ciegamente sino de la atracción que determinados fines, vivientes en alguna inteligencia, ejercen sobre los móviles. El mundo vive en perpetuo movimiento porque son infinitos los móviles que en él se agitan; pero no es de imaginar que el mundo se mueva al azar, sin principio ni fin, entregado al puro choque de las fuerzas en juego.

Una ley preside la actividad de todas las fuerzas que operan en el mundo y fué enunciada por un enviado de Dios con tres luminosas ráfagas de su inspirada palabra:

Dios escribe en ella este nombre augusto, que *es sobre todo nombre: para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y en los infiernos.* (San Pablo, a los filipenses II, 9 y sig.).

La historia entonces ha de ser cristiana porque ha de proclamar a Jesucristo, Rey de las naciones.

Cuando se considera el desarrollo de los hechos humanos, la desviación y rebeldías de los pueblos de los caminos divinos, se siente uno inclinado a creer que son los hombres quienes, burlando los soberanos designios de Dios, tejen a su antojo la trama de la historia.

Pero esta creencia se funda en una mirada fragmentaria, superficial y desproporcionada de la realidad histórica. Es como quien mirase por el reverso un maravilloso gobelino.

No hay duda que si Dios escribe el nombre de Cristo sobre los infinitos acontecimientos humanos, este nombre lo leeremos cuando a Él le plazca convocarnos para su lectura. Será esto en el juicio solemne de los pueblos cuando venga el Hijo del Hombre en la Majestad de las nubes. Y esa lec-

tura ha de ser plena y definitiva para cada pueblo y para cada hombre.

Pero mientras tanto, aunque no podamos lograr una lectura tan perfecta, no se sigue que cada cual esté facultado para no leer nada o leer lo que le venga en ganas. Una *filosofía de la historia* es necesaria al hombre y ésta no puede dejar de ser cristiana. Por limitado que sea nuestro conocimiento de la trayectoria de los acontecimientos históricos, (limitación que se deja sentir en mayor o menor grado en todos los conocimientos humanos) no puede éste desenvolverse sino teniendo en cuenta la comunicación de los designios divinos formulados por Dios al hombre y de los cuales es depositaria la Santa Iglesia.

Esta palabra de Dios se contiene en los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento y en la tradición oral; tanto la tradición escrita como la oral está confiada al Magisterio de la Iglesia, cuya boca infalible es el Romano Pontífice.

Una filosofía de la historia si quiere ser verdadera no debe contradecir la más mínima verdad de este Sagrado Depósito y el filósofo prudente no dejará desperdiciar la luz que esta divina verdad arroja sobre el

sucristo y a Dios como se hizo en la Revolución francesa, ella permanecía en pie.

Desde entonces hasta ahora, la Cristiandad ha desaparecido. Queda, sí, la Iglesia con su poderosa organización externa dilatada por todo el orbe y con su poderosísimo dinamismo interno que quiere incendiar el mundo en la caridad de Dios.

¿Logrará la Iglesia vencer las ingentes resistencias que en el corazón de los pueblos se oponen a su acción? ¿Logrará convertir al mundo en Cristiandad? He aquí el problema planteado.

Y quisiera que su solución saliera de la consideración atenta del momento que estamos viviendo. Porque "el preciso momento" que vivimos, por fugaz que pueda aparecer, de tal modo está cargado de una fuerza impresa en el pasado que actúa sobre los individuos y grupos sociales presentes, condicionando sus posibilidades, que también condicionan el futuro, que, si en parte es obra nuestra, en parte aún mayor es dado por un complejo de circunstancias, todas ellas dirigidas por la mano de Aquél que *dirige las naciones sobre la tierra.* (Salmo LXVI, 5).

Creemos en la "lógica" de la historia; no una lógica por cierto descarnada, sino complejísima como la de todo ser vivo, actuada por infinitos determinantes, pero lógica al fin, porque nada acaece sin estar sabiamente preparado de antemano.

Sin duda que la inteligencia que lee en los hechos históricos, buscando de desentrañar su sentido, debe atender, si no quiere equivocarse, a estos infinitos determinantes, y ello no es posible en forma adecuada sino tan sólo a la Inteligencia, capaz de pesarlos todos en su justo valor y medida; pero, en un sector limitado, puede la inteligencia humana, rectamente aplicada, de tal suerte adentrar y profundizar que alcance a vislumbrar las líneas esenciales de un futuro no muy remoto.

El momento actual

La tarea presente consiste en ubicar el momento actual para captar todo su contenido histórico, lo cual no es posible sino comparándole con los momentos precedentes.

Estas diversas concepciones de la vida que logran adeptos indistintamente en un mismo pueblo y aun en un mismo grupo social y hasta en una misma familia, se concretan particularmente en determinados países que vienen a constituirse como puntos de propulsión del movimiento en todo el mundo. Y así tenemos a Inglaterra como campeón del burguesismo, a Rusia como foco del comunismo y a Alemania como a heraldo del nacionalismo.

Entre tanto, el mundo eslavo se despierta bajo la égida de Rusia; el mundo germano se siente predestinado a dominar la tierra; Inglaterra y su satélite Francia, baluartes del liberalismo, se derrumban; el Japón encabeza la marcha de los pueblos asiáticos; Estados Unidos, con sus arcas repletas del oro de la tierra, se apresta a defender su vacilante existencia; los judíos que estaban dando término a su tarea secular de conquistar el orbe, son desalojados drásticamente de todas sus posiciones; y así mientras en el orden internacional todo entra en ebullición, en el orden interno de los

Concepción católica de la Economía, Un juicio católico sobre los problemas nuevos de la Política y Los tres pueblos bíblicos.

pueblos y de los grupos sociales, en la política, en la economía, en las costumbres, en las artes y en las ciencias, todo también se agita y convulsiona.

Caracteres del momento actual

Para apreciar en su amplitud el alcance histórico de los fenómenos denunciados observemos en primer lugar su carácter de *universalidad*, es decir, que así como el teocentrismo, o el naturalismo o el burguesismo son fenómenos relativamente universales, o sea que, en su momento, afectaban por igual a todos los pueblos de la tierra, así también este *estado de convulsión* afecta por igual a todos los pueblos y a todas las actividades de cada pueblo.

Observemos en segundo lugar cómo en un área histórica relativamente reducida que apenas comprende veinticinco años, tienen lugar acontecimientos tales que cada uno de ellos sería suficiente, en otra época, para llenar un siglo. Guerra europea, revolución comunista de 1917, advenimiento del fascismo, revolución nacional-socialista, revolución española, guerra de los estados

burguesa o en la barbarie comunista, se efectuaría esto tan "contra corriente" que no podría durar mucho tiempo. Porque es evidente que ese estado si llegara a introducirse *por la fuerza* como pretenden entronizarle los regímenes políticos, ni sería *superior*, ya que nos privaría del bien humano de la libertad, ni sería durable porque sólo lo *connatural* puede serlo.

Pero si se quiere introducir un estado superior, que remonte la fuerza de *decaimiento* que arrastra a la humanidad y que este estado sea *connatural* a los pueblos, es necesario entonces someter a éstos a una severísima prueba de purificación que destruya toda esa espesa costra de perversión y rebeldía acumulada en cuatro siglos de historia y dejarles en conformidad con este estado nuevo superior. Pero ese proceso de purificación que, como veremos más adelante es imprescindible, si ha de revivir la Cristiandad, como esperamos, no puede verificarse sino a costa de terribles tribulaciones, proporcionadas a la carga maléfica de desviaciones que pesan sobre el hombre, y éstas obran no *física* sino *psíquicamente*, es decir, por los sentidos y las facultades psíquicas. De donde deducimos que este

estado no podría prolongarse más allá de veinticinco años, o sea el tiempo que actúa en la vida una generación, porque los hombres vivirían de buen grado en el orden, mientras anduvieran bajo la obsesión de las tribulaciones pasadas; pero tan pronto este recuerdo activo y vivo se perdiera, la vida de licencia y rebeliones retornaría, reagravada con el empuje de aquellos años de contención.

Es decir, que si se produce una interrupción en el proceso descendente de la historia, durante la cual tiene lugar un período de paz y de tranquilidad, (una Cristiandad por ejemplo, como un monte sobre ese extendido y dilatado plano descendente), no hay que imaginar que toda la fuerza que la humanidad traía, buena o mala, se pierda; podrá apenas interrumpirse y esta interrupción durará tan sólo mientras exista la causa que la produce y en este caso, mientras subsista la imagen viva de los castigos sufridos.

No hay duda que *la Causa Primera* que ha hecho al hombre podría, si quisiera, mudarle totalmente en el momento que le plazca e iniciar un nuevo y largo período de la historia humana. Pero como Dios obra con sabiduría no interviene sino proporcional-

tecido en los cuatro siglos anteriores. Porque entonces ha habido, es cierto, el choque de fuerzas, que es inevitable en todo conjunto de seres vivos y que es lo vulgarmente denominado lucha por la vida; pero esta lucha, o bien se hacía por motivos locales o circunstanciales —dentro de la *homogeneidad* de tendencia que caracterizaba la vida o el siglo— o era la lucha inevitable de las fuerzas de un mismo plano descendente como aconteció en la Reforma o en la Revolución francesa. Pero ahora, la lucha se entabla universalmente, y universalmente en cada punto del globo y no entre dos fuerzas de un mismo plano descendente que en este caso serían el burguesismo y el comunismo, sino entre tres y aún cuatro fuerzas universales antagónicas. El momento actual es entonces, por lo que tiene de mayor interés para nuestro estudio, *universalmente convulsivo.*

La Iglesia y su dinamismo de dominación universal

Pero alguno preguntará, ¿qué alcance puede tener el hecho de la convulsividad

del momento actual? ¿Puede revelarnos algo la ruptura, acaecida en 1914, del proceso de homogeneidad que desde hacía cuatro siglos caracterizaba al mundo?

No podemos dar a esto una respuesta suficiente si no reflexionamos antes en la transcendencia histórica de una verdad ineludible. Hela aquí: existe en la tierra una institución universal, fundada por Dios, llamada Iglesia Católica, Apostólica, Romana que tiene como destino la dominación espiritual de todos los pueblos.

No es menester traer aquí los fundamentos teológicos de esta verdad, tan admirablemente expuestos por S. S. Pío XI en su encíclica sobre la Realeza de Cristo y mucho menos aducir los fundamentos apologéticos.

Pero es menester, para católicos y no católicos, poner de relieve la fuerza histórica viva de esta verdad. Porque si Jesucristo es Dios y Cristo ha fundado la Santa Iglesia con este destino que debe realizarse en el tiempo, es evidente que la Santa Iglesia debe ser considerada por el historiador que no quiera equivocarse, con esta fuerza operativa gigantesca que logrará su objetivo, a pesar de todos los pesares y contra la más

fueron criadas todas las cosas, que hay en los cielos, y en la tierra, las visibles, y las invisibles, ahora sean tronos, o dominaciones, o principados, o potestades: todas fueron criadas por Él mismo, y en Él mismo: Y Él es ante todas las cosas, y todas subsisten por Él (Col. I, 15 y sigs.). *Al cual constituyó* (Dios) *heredero de todo* (Hebr. I, 2). *En los días de Él nacerá justicia, y abundancia de paz: hasta que sea quitada la luna. Y dominará de mar a mar: y desde el río hasta los términos de la redondez de la tierra* (Salmo LXXI, 7 y sig.).

No puede, pues, sorprendernos que aquel que es llamado por san Juan, "Príncipe de los Reyes de la tierra" lleve, como apareció al apóstol en la visión apocalíptica "en su vestido y en su muslo escrito: Rey de reyes y Señor de los señores". Puesto que el Padre Eterno constituyó a Cristo heredero universal, es preciso que Él reine hasta que lleve, al fin de los siglos, a los pies del Trono de Dios a todos sus enemigos (Pío XI en Quas Primas).

De los textos creemos que no sólo se deduce el derecho de Jesucristo a reinar espiritualmente sobre todas las naciones sino el ejercicio de este derecho. Debe llegar un

momento en que todos los pueblos de la tierra reconozcan de grado la suprema Realeza de Jesucristo y se comporten como naciones cristianas. Suponer otra cosa sería imaginar que esa voluntad de Dios con respecto al reinado de Cristo sobre los pueblos se ha frustrado.

La Cristiandad entonces debe realizarse como un hecho universal. No se diga que este reinado de Jesucristo no ha de cumplirse en el plazo histórico nuestro sino fuera de la Iglesia y de la historia. Porque aún cuando pudiera ser cierta la tesis milenarista que sostiene que entre la historia y el juicio universal habrá un reinado de Jesucristo de mil años, en el que se cumplirán *literalmente* los textos mesiánicos de la Realeza universal del Redentor [1], no impide ello la tesis nuestra, que es asertiva y no exclusiva, del reinado espiritual dentro de la historia, por el triunfo de la Santa Iglesia.

Creemos que Jesucristo debe reinar sobre las naciones por el reconocimiento de la soberanía de la Iglesia y puede también, una

1. Sobre este tema véase: *Apocalipseos Interpretatio Litteralis*, por el Pbro. Rafael Eyzaguirre, 1911, y *Restauración del Reino de Israel*, por el Dr. José Ignacio Olmedo, Buenos Aires, 1937.

expresado constantemente de mil diversas maneras, que agita con fuerza la acción de los últimos pontífices, dando admirable unidad a una actividad múltiple y fecunda. Porque desde Pío IX hasta Pío XII, vemos a los pontífices romanos proponerse constantemente un único y supremo objetivo: *la restauración de todas las cosas en Cristo*, como decía Pío X, o la *Paz de Cristo en el reino de Cristo*, según la expresión de Pío XI, o *la paz* (esto es la Cristiandad) *obra de la justicia y de la caridad*, en frase de Pío XII [1].

Las palabras con que Pío XI comienza su encíclica sobre la Realeza de Jesucristo, constituyen el lenguaje ordinario de todos los últimos pontífices.

En la primera encíclica que dirigimos — dice — una vez ascendidos al Pontificado, a todos los obispos del orbe católico, mientras indagábamos las causas principales de las calamidades que oprimían y angustiaban al género humano, recordamos haber dicho claramente que tan grande inundación de males se extendía por el mundo, porque la mayor parte de los hombres se habían alejado de Jesucristo y de su santa luz en la prác-

1. Ver nuestro artículo *Pastor Angelicus* en el nº 2 de la revista *Sol y Luna*.

tica de su vida, en la familia y en las cosas públicas; y que no podía haber esperanza cierta de paz duradera entre los pueblos, mientras los individuos y las naciones negasen y renegasen el imperio de Cristo Salvador. Por lo tanto, como advertimos entonces que era necesario buscar la paz de Cristo en el reino de Cristo, así anunciábamos también que habíamos de hacer para este fin cuanto nos fuere posible; "en el reino de Cristo", decíamos, porque nos parecía que no se puede tender más eficazmente a la renovación y afianzamiento de la paz, sino mediante la restauración del reino de nuestro Señor (Pío XI, Quas Primas).

Además, las maravillosas encíclicas de los últimos pontífices, coronadas por la institución de la fiesta de Cristo Rey, parecen expresar el hondo presentimiento que anima a la Iglesia de que no está lejano el día en que el mundo pueda ordenarse otra vez bajo el imperio de Cristo Rey.

De aquí que la doctrina y la acción de la Iglesia nos dé derecho a afirmar que la conformación de las naciones bajo el cetro de la realeza de Jesucristo puede ser una pronta realidad.

Y ¿qué otro designio podrá ser éste sino la dominación universal de la Santa Iglesia que en veinte siglos no ha podido cumplirse aún?

Luego podemos afirmar que si se produce un quebrantamiento del proceso histórico regular no es sino para que se cumpla el destino que le cabe a la Santa Iglesia de Jesucristo de extender su soberanía espiritual de un extremo al otro del orbe.

Y relacionando esto con otras enseñanzas sagradas, podemos afirmar que esta interrupción se efectuaría para que se cumpla aquella palabra de Jesucristo:

Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonio a todas las gentes: y entonces vendrá el fin (Mateo XXIV, 14).

Es decir que la Cristiandad de que hablamos, o sea el reino de Cristo en la historia, coincidiría con esta universal predicación del santo Evangelio.

También podemos ver expresada esta interrupción de la historia para sublimar la Cristiandad en la palabra "nondum statim" del Evangelio de san Lucas, cap. XXI, versículo 9. Dice así:

Y cuando oyéreis guerras y sediciones, no os espantéis: porque es necesario, que esto acontezca primero, mas no será INMEDIATAMENTE *el fin* (*sed nondum statim finis*).

Creemos que esta palabra *nondum statim* "no será inmediatamente" significa no un mero plazo de tiempo, sino la intercalación de un tiempo de otra especie y calidad; como si entre el estado de guerra y revoluciones, que vendría a coincidir con lo que aquí comprendemos por momento actual y que también puede llamarse "tiempo de la purificación de las naciones" (que abarca probablemente 35 años —1914-1949—, si hemos de creer a la *Aparición de la Saleta*) y los otros hechos que Jesucristo entra a referir como precursores inmediatos del fin del mundo, tuviera lugar una verdadera interrupción del curso regular de la historia por una intervención especial de la Causa Primera, un repliegue hacia arriba en la línea descendente de la humanidad, la aparición de un hecho de calidad superior. En otras palabras, un monte interrumpiendo ese plano descendente: la Cristiandad, o sea Cristo adorado y servido públicamente por todas las naciones del orbe.

rra, irá evolucionando hacia el paneslavismo de Pedro el grande.

A alguien podrá extrañarle que a pesar de esto, hablemos aquí de Rusia como foco del comunismo. Pero la razón es clara: si bien el comunismo propiamente dicho, judaico y satánico, ha sido derrotado en el suelo español, mientras Rusia mantenga su configuración comunista y su imperialismo, hay que temerla como foco del comunismo, porque en un juego de fuerzas, quedando dueña de la situación, puede sembrar un caos general, donde el verdadero comunismo prenda.

Porque no hay que olvidar que el comunismo ha podido ser derrotado como organización, pero no como estado espiritual, heredero legítimo del burguesismo o demoliberalismo. Ahora bien, mientras no se estabilice un orden que rompa la lógica de la historia en el proceso descendente que vivimos, el comunismo puede organizarse, establecer un foco central en cualquier parte del globo y dominar el mundo. Y un avance ruso sobre Europa, desquiciada y desgarrada, puede ser una magnífica ocasión para ello.

Este punto de vista, como se ve, dista del de los que solidarizan la política rusa actual con la de Alemania y del de los que piensan que el poderío ruso no merece tenerse en cuenta. Rusia, creemos, quiere el fracaso de la política del Eje y quiere también el debilitamiento de Inglaterra. Su poderío es grande, aunque no pueda medirse ni con el Eje, ni con Japón. Pero en el caso de un grave debilitamiento de Inglaterra y del Eje, puede avanzar hacia Europa, imponiendo una configuración económico-política francamente comunista, como lo demuestra su acción en los países recientemente anexados.

Observemos de paso que los judíos fracasados en su tarea de imponer el comunismo por la Tercera Internacional han hecho causa común con la política inglesa. No podía ser de otra manera.

Es innecesario destacar la importancia enorme que la expulsión de los judíos del gobierno de los pueblos significa para la reconstrucción de la cristiandad.

Para quien conozca la mano judía en todo el proceso de demolición de la sociedad cristiana, como hemos expuesto en *El Judío,* se le hará fácil comprenderla.

Hechas estas salvedades, consideramos es-

Imaginarse que Alemania pueda triunfar en este su intento y con ello devolver la paz a los pueblos significaría dar un desmentido a las previsoras palabras de Pío XII:

"Pero dejemos el pasado y volvamos los ojos hacia ese porvenir que, según las promesas de los poderosos de este mundo, una vez que cesen los sangrientos encuentros de hoy, consistirá en una nueva organización fundada en la justicia y en la prosperidad. ¿Será ese porvenir en verdad diverso, y sobre todo será mejor? Cuando termine esta guerra feroz, ¿los tratados de paz, el nuevo orden internacional estarán animados de la justicia y de la equidad hacia todos, de aquel espíritu que libra y pacifica, o serán por el contrario una lamentable repetición de errores antiguos y recientes? Fundar la esperanza de un cambio decisivo exclusivamente en el encuentro guerrero y en su desenlace final, es vano, y la experiencia nos lo demuestra. La hora de la victoria es una hora del triunfo externo para quien tiene la fortuna de conseguirla; pero es al mismo tiempo la hora de la tentación, en la que el ángel de la justicia lucha con el demonio de la violencia; el corazón del vencedor se endurece con demasiada facilidad; y la moderación y

la comprensiva prudencia le parecen debilidad; el hervor de las pasiones populares, atizado por los sacrificios y sufrimientos soportados, muchas veces anubla la vista aun a los responsables y les hace descuidar la amonestadora voz de la humanidad y de la equidad, vencida o extinguida por el inhumano: ¡ay de los vencidos! Las resoluciones y las decisiones tomadas en tales condiciones, correrían peligro de no ser sino injusticia bajo capa de justicia".

¿Triunfa entonces Inglaterra? Triunfa sí, en el propósito de hacer quebrar el nazismo, que es como una coraza de orgullo e insolencia que tiene aprisionada a la noble nación alemana.

Si Alemania sucumbe e Inglaterra pierde el señorío del mundo ¿no se cernerá sobre el mundo un peligro aún más grave, de que Rusia, la del paneslavismo y del pancomunismo, avance sobre el corazón de Europa? Sin duda, esto es más que *probable*. Pero ¿entonces, no quedará entregado el mundo a la barbarie moscovita, sucumbiendo definitivamente toda posibilidad de Cristiandad?

Sin entrar a particularidades, que esto no está en la inteligencia del hombre prever, creo que la actual lucha trabada entre In-

Si la Cristiandad ha de surgir, ello ha de ser por una acción positiva del dinamismo divino de la misma Iglesia que ha de alcanzar a las almas, a la familia, a los grupos sociales y ha de culminar finalmente en la vida pública y política de las naciones. Esta acción, reconstructiva del orden cristiano, viene obrando desde los días amargos del pontificado de Pío IX y lleva, día a día, un ritmo ascendente, a través de los pontificados de León XIII, el Doctor de la nueva Cristiandad, de Pío X, el Pontífice Santificador de la misma y de Pío XI, su Pastor, quien con el movimiento de la *Acción Católica* ha dado cima a esta acción restauradora. Pero mientras la nación no sea cristiana, por mucho que se trabaje en el apostolado católico, no se habrá logrado nada en la tarea de forjar la Cristiandad. Es decir, que la Cristiandad sólo comienza cuando la vida cristiana es tal que pasando de la acción individual y de la acción social alcanza a influir en la vida política de la nación, o sea en la marcha de la nación como tal.

Es necesario entonces que las mismas naciones se cristianicen. Cuando esto haya comenzado, la Cristiandad también estará comenzando a formarse. Y felizmente creemos que esto ha comenzado. Y ha comenzado por donde debía comenzar. Para demostrarlo expondremos una tesis que puede parecer peregrina pero que es sin duda de extraordinaria luminosidad histórica. Se refiere ella al núcleo esencial de la Cristiandad o sea a aquellas naciones que si son cristianas en su vida misma de nación y se someten al imperio de Cristo, la Cristiandad estará inicialmente forjada y sólo será cuestión de breve tiempo para que se dilate de un confín al otro de la tierra; pero mientras, una u otra, no quieran someterse o rivalicen entre sí neciamente, en disputas de supremacías, la Cristiandad es imposible. Nos referimos a España y Francia.

De la hipótesis que aquí expongo se desprende claramente que el genio de Francia y el de España no se oponen sino que se complementan, como en el orden natural lo femenino no se opone a lo masculino sino que lo completa y como en la teología católica no hay oposición entre las diversas virtudes sino al contrario común destino. Y así como tres son las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, sin las

dilecto que Juan, así en el orden de la Cristiandad, nada más grande, por la compenetración de la vida cristiana, que Francia cuando se entrega a Jesucristo y ninguna nación tampoco más predilecta de la Iglesia que la *nobilísima nación de los franceses* (León XIII).

Y así como en la caridad culmina el proceso de la vida cristiana que se inicia con la fe, en Francia ha culminado históricamente la Cristiandad. Porque ha de quedar siempre como la cima de la historia cristiana aquella noche simbólica de la navidad del año 800, en que el gran Papa León III puso, por vez primera, sobre la frente de un monarca la corona imperial. Era el reconocimiento público y solemne de la supremacía de la Realeza de Cristo sobre todos los poderes de la tierra. Y este monarca era Carlomagno, quien encabeza sus famosas capitulares con la inscripción oficial: *Carlos, por la gracia de Dios, soberano del reino de los Francos, defensor y auxilio de la Santa Iglesia en todas sus necesidades.* En Francia culminaba entonces la Cristiandad, como siglos después con la monarquía perfecta de Luis, el Santo, había de culminar el tipo perfecto de régimen temporal cristiano. En Francia llegan

a la plenitud las realizaciones del cristianismo porque la caridad de la cual es símbolo, es verdaderamente su plenitud.

España y Francia

A España y Francia les cabe una vocación especialísima en el concierto de las naciones cristianas. No sólo por lo que llevamos dicho sino también porque son ellas dos las únicas que aún como unidades políticas fueron forjadas por la Iglesia.

De España es un hecho reconocido que el cristianismo llevado por la voz impetuosa de Santiago y de Pablo, propagado por el fuego de los siete varones apostólicos, Torcuato, Cecilio, Eufrasio, Indalecio, Tesifonte, Hesiquio y Segundo, fecundado por la sangre de los mártires, tan magníficamente cantados por Prudencio, impregnó primero el suelo español, forjó después un pueblo uno y constituyó finalmente la unidad del estado español, cuando Recaredo (y su pueblo), el 8 de mayo del año 589, en la ciudad de Toledo, abjuró la herejía arriana y entró en el seno de la Iglesia, en presencia del gran san Leandro.

Y la Cristiandad que con el bautismo del rey de los francos se iniciaba en la historia iba a sellar su plena realización cuando otro rey de los francos, el gran Carlomagno, era coronado como emperador romano por el Papa León III.

La Iglesia, en documentos públicos, ha expresado su testimonio de singular reconocimiento a los grandes servicios prestados por Francia a la Cristiandad. Y así León XIII, en *Nobilissima Gallorum gens* del 8 de febrero de 1884, se expresa de esta suerte:

La nobilísima nación de los franceses por las hazañas cumplidas en la paz y en la guerra se ha hecho acreedora ante la Iglesia de méritos y títulos de un reconocimiento inmortal y de una gloria que no se extinguirá. Abrazando en buena hora el cristianismo bajo la conducción de su rey Clodoveo tuvo el honor de ser llamada Hija primogénita de la Iglesia, testimonio y recompensa al mismo tiempo de su fe y de su piedad. Desde aquel tiempo, vuestros mayores, venerables hermanos, han sido como los colaboradores de la divina Providencia en grandes y saludables empresas. Pero sobre todo han señalado su virtud defendiendo por todas partes el nombre católico, propagando la fe católica entre

las naciones bárbaras, librando y protegiendo los santos lugares de Palestina, de modo que muy justamente se ha hecho proverbial aquel dicho de los tiempos viejos: GESTA DEI PER FRANCOS.

Más reciente testimonio es el magnífico discurso del entonces Eminentísimo Cardenal Pacelli, hoy S. S. Pío XII, en *Notre Dame de Paris,* que más que una evocación parece un prenuncio de la misión levantadísima que todavía le está reservada a Francia en un porvenir próximo: "Porque aquí — decía el Cardenal — es el alma misma de Francia, el alma de la hija primogénita de la Iglesia la que habla a sus almas. Alma de la Francia de hoy que viene a decir sus aspiraciones, sus angustias y su oración; alma de la Francia de otro tiempo, que remontando de las profundidades de un pasado catorce veces secular, que evocando las *Gesta Dei per Francos,* entre las pruebas lo mismo que entre los triunfos, suena en las horas críticas como un canto de noble fiereza y de imperturbable esperanza. Voz de Clodoveo y de Clotilde, voz de Carlomagno, voz de san Luis sobre todo en esta isla en la que parece vivir todavía, y que ha adornado en la Santa Capilla, con la más gloriosa y santa de las

brillar a lo lejos: he aquí por qué han perdido su rango, he aquí por qué durante siglos están abajo y no en lo alto de la escala política. *Et facti sumus subter, et non supra: quia peccavimus Domino Deo nostro, non abaudiendo voci ipsius* [1].

Largo sería referir los pecados de Francia. Baste enumerar los más graves. Peca Francia contra la Cristiandad con Felipe el Hermoso, en vísperas del Renacimiento; peca con Francisco I, durante la Reforma, y se alía con los Turcos en contra de Carlos V, emperador cristiano; peca con la política "nacionalista" de Richelieu, quien hiere de muerte a la Cristiandad, asestándole un golpe en momento crítico, al combatir la causa de los Ausburgos de España y de Austria, que entonces la representaban; peca con los impíos factores de la Revolución Francesa que entronizaron los Derechos del Hombre pisoteando los de Dios; peca con el sacrílego Bonaparte, que atropella la ciudad del Vicario de Cristo; peca con el fanfarrón de Napoleón III, quien entrega

1. Estos son conceptos transcriptos, casi al pie de la letra, de la obra, ya citada, del famoso cardenal Pie, *Instruction pastorale sur les malheurs actuels de la France*, Carême, 1871.

Roma y los Estados Pontificios a la piratería italiana, recibiendo en paga Niza y Saboya; peca, finalmente, con los impíos políticos de la Tercera República, quienes colman la medida de sus innumerables crímenes, prohijando la causa de los comunistas que quieren aniquilar a España.

Pero estos pecados al provocar la decadencia de Francia y de la Cristiandad son causa del engrandecimiento de las naciones anticristianas. Y así Inglaterra, la herética y mercantil, está a la cabeza del mundo desde hace más de un siglo. Y hoy son Prusia, Rusia e Italia, las que disputan a Inglaterra la supremacía del mundo. España y Francia van a remolque de uno u otro bando.

Inmensamente doloroso y vergonzoso para Francia, el reino cristianísimo, ha de ser que el poderío de las naciones anticristianas haya sido alcanzado a expensas de la Cristiandad que debió tutelar y extender.

No nos detendremos a examinar las causas que han determinado la grandeza carnal de Inglaterra y la culpa que de ello le cabe a Francia y España. Pero es lógico pensar que si Francia, en lugar de perturbar con sus apetitos y con sus ideologías la vida del

Allocutio Clementis XI, 18 aprilis 1701).

Hace observar enseguida el Santo Padre, *cuán injurioso es a la Silla Apostólica este hecho, cuán contrario a los Sagrados Cánones, en virtud de los cuales más bien el príncipe herético debe ser destituído de sus antiguas dignidades que ser honrado con nuevas.*

Añade después que para satisfacer el deber de su cargo, ha denunciado a todos los príncipes católicos, este atentado religioso, previniéndoles de no ratificar de ningún modo el título usurpado por dicho Marqués y de no permitir que la venerable y sagrada dignidad de los reyes, que debe ser mirada como un beneficio singular de Dios y que debe servir para sostén y ornamento de la verdadera religión, venga a desviarse y a colocarse para su detrimento sobre la cabeza de un príncipe no católico.

La historia ha revelado la gran perspicacia de Clemente XI, porque desde entonces hasta hoy Prusia ha hecho sentir cada vez con más fuerza su influencia en Alemania y en Europa con grave detrimento de la Cristiandad. Digamos más: constituyendo así la tragedia de la Cristiandad.

Porque si en la Cristiandad Roma es el

alma, si España es como brazo fuerte que detiene a los enemigos y difunde por el lejano occidente los beneficios de la fe, si Francia es el *logos*, la palabra llena de amor, Alemania es la voluntad, la acción, el brazo secular, la espada al servicio de la Santa Iglesia. Alemania ocupó una misión levantada en la Cristiandad que supo llenar con la gloria de Otón el grande y de san Enrique. Verdad es que el orgullo carnal de un Federico Barbarroja y de un Enrique IV quebrantaron grandemente la seguridad de un imperio ya quebradizo, que no supo comprender nunca la distinción de los dos poderes con la primacía de lo espiritual; pero el pueblo alemán con una abundancia casi inagotable de grandes personalidades trabajaba en todos los sectores de la actividad humana con un admirable amor a la Cristiandad en cuya cúspide se encontraba. "Como alemanes bajo el emperador y el Imperio, se sentían distintos de las demás naciones; pero bajo el señorío y protección de la Iglesia universal, la conciencia de esta diversidad, no producía una hostilidad nacionalista y mucho menos una enemistad hereditaria, sino simplemente, una viva emulación espiritual con los demás pue-

tan sus manos suplicantes a Alemania; la propia providencia y el plan divino del universo conjuran a Alemania para que salve su honor y su existencia... En vosotros, oh alemanes, está el germen de la perfección humana y la esperanza de todo progreso. Si faltáis a vuestra vocación, si perecéis, morirá con vosotros y para todo el género humano hasta la sombra de esperanza de salvarse del abismo de su corrupción... Por consiguiente, no hay lugar a dudas: si perecéis, toda la humanidad perecerá sin esperanzas de levantarse nunca" (Discurso 14).

Estos delirios, por vez primera tan audazmente expresados, no abandonarán ya los cerebros de casi media Alemania, con Prusia a la cabeza. Y Alemania delirante iniciará entonces su unificación política y cultural bajo la hegemonía del espíritu y del régimen prusiano. Bismarck, el canciller de hierro, trabajará en el sentido de estos planes hasta vencer a Austria en Sadowa, a Francia en Sedán y ser vencido por Roma en el fracasado Kulturkampf. Todo lo no germánico debía ser aniquilado. Austria por representar la Alemania bajo la influencia cristiana, Francia como encarna-

ción de la cultura extranjera y los católicos por su dependencia de Roma".

Prusia entonces era definitivamente la conductora de la Gran Alemania. Y Europa, cuyo foco espiritual había sido Roma, sentía ya que aquel Federico, Marqués de Brandeburgo, iba a tomar las riendas del mundo.

¿Quién tenía la culpa de ello? Francia, la nación cristianísima, creadora con Carlomagno del Sacro Imperio Romano, la llamada a las hazañas para la grandeza de la Cristiandad, que desde hacía varios siglos, olvidada de su destino, venía trabajando en "pequeña política nacionalista", de la que Richelieu fué gran maestro, como lo ha demostrado admirablemente Hilaire Belloc. Y esta culpa de Francia no podía quedar impune. Los hechos más recientes han venido a comprobar la exactitud de lo que yo escribía en *Criterio* el 8 de marzo de 1938:

"Pero en su propio pecado tiene y ha de tener sobre todo Francia su propio castigo. El pecado que cometió Felipe el Hermoso contra el Gran Bonifacio VIII; el pecado que cometió Richelieu al valerse del protestantismo naciente para aniquilar el poderío de la Cristiandad, representada por

cíficamente prusiano. Ha surgido de mucho más abajo. Tiene un carácter popular, proletario, que es todo lo contrario del espíritu prusiano, espíritu jerárquico, y monárquico, de clase y de casta" (Gonzague de Reynold, *¿De dónde viene Alemania?*).

Pero precisamente el valor del hitlerismo y su gravedad estriba en la medida en que prescindiendo de moldes prusianos ha realizado el gran sueño prusiano. Porque si ha arraigado en todas las provincias alemanas, y en todas las capas sociales, aun las populares, con un método de organización y una tenacidad prusiana y con un programa en lo esencial también prusiano, es a saber, la conquista de la unidad monística alemana para la conquista y dominación del mundo, lo ha conseguido en la medida en que ha sabido prescindir del espíritu de casta de la dinastía prusiana. El hitlerismo ha comprendido y por ello ha triunfado, que la causa alemana debía prevalecer sobre los intereses de los Hohenzollern y que sólo podría triunfar el gran Reich cuando aquéllos, como semilla que sólo es fecunda cuando muere, desaparecieran. Porque así como el fracaso de los Hohenzollern obedecía a que subordinaban a su causa la causa de Alemania, así el éxito

del hitlerismo se debió a que en beneficio de ésta fué aquélla sacrificada.

Por esto en el hitlerismo lo prusiano ha alcanzado categoría alemana.

Mirando los acontecimientos históricos con visión profunda que llegue hasta su raíz, visión suprapolítica que sólo un modo teológico puede proporcionar, el hitlerismo representa en Alemania, y por lo mismo en Europa y en el mundo, el último y definitivo esfuerzo de Satanás por afirmarse en los pueblos paganos antes de ser definitivamente desalojado. En *Los tres pueblos bíblicos* hemos indicado los principios de esta tesis que ahora puede ser comprendida mejor.

Prusia, el único rincón de Europa que no ha sido evangelizado y que por lo tanto no ha podido apostatar de la fe cristiana, — único refugio *pagano* a través de veinte siglos cristianos —, logra con el hitlerismo la dominación de Alemania y de Europa, y amenaza con la dominación mundial. Es el esfuerzo del diablo contra la predicación universal del Evangelio que está a punto de verificarse, según aquella palabra de Cristo: *Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonio a todas*

mereció el título de *Defensor Fidei* que aún ostentan en su escudo los soberanos británicos.

La misión de Inglaterra en la historia debió ser la evangelización y defensa de la Cristiandad, sobre todo frente a los desvaríos germánicos. De aquí que pueda interpretarse como un juego de Dios, que se burla de las necedades de los hombres, el que Inglaterra, puesta ahora en trance supremo por la rivalidad de su pupilo cristiano, después de haber estado entregada durante años a una insaciable piratería, se sienta baluarte de la civilización cristiana amenazada por el hitlerismo.

En el juego divino del gobierno de las naciones, pudiera ser que lo fuera. Porque así como el hitlerismo trabaja para la Cristiandad cuando derriba todo un mundo anticristiano, burgués, liberal, mercantil y capitalista, cuyo eje es Inglaterra; así también Inglaterra puede trabajar a pesar suyo, para el mismo fin, cuando constituye, en la lucha contra el temible poderío germánico — forjado a espaldas de la Cristiandad —, el obstáculo contra el cual éste se deshace.

Porque Dios está dando su respuesta a las naciones que se han embravecido contra Cristo y su Iglesia.

La purificación de España y Francia

Sea ello como fuere, lo que consuela grandemente los corazones cristianos es el espectáculo de que en el momento culminante del poderío de las naciones anticristianas y cuando ellas se encuentran trabadas en lucha totalitaria, las naciones cristianas, pecadoras, son sometidas a purificación por los pueblos que ellos, en sus extravíos, levantaron. Y así se cumple aquel modo maravilloso con que obra la providencia en el gobierno de los pecadores, según el libro de la *Sabiduría* (XI, 17) *que las cosas en que uno peca, por las mismas es también atormentado*.

España ha comenzado su doloroso camino de purificación con la espantosa guerra civil, que, como he indicado en diversas oportunidades, señala el primer paso en el camino de la Restauración de la Cristiandad. España, bajo el Caudillo, comienza a ser cristiana. No significa esto, como algu-

pueblo de Europa no sometido aún a Jesucristo. San Juan Bosco resume así un sueño profético que tuvo sobre el triunfo de la Iglesia: *Vendrá una revolución. Habrá apostasías en los doctos y en los ignorantes. La Prusia se convertirá. Gran victoria de la Iglesia. Gran triunfo del Papa.* (Memorias Biográficas del venerable don Bosco, tomo IX, pág. 828).

Después de estos tres grandes pueblos, una a una, irán entrando las naciones en la Cristiandad. El dolor purificará los hombres [illegible] p[illegible], [illegible]yendo en ellos todo lo que no es salvable y haciendo brillar todos los valores cristianizables.

En el dolor de la peste descubrirá el hombre el valor de la propia substancia, subordinando los egoísmos individuales al bien sagrado de los hijos, que no deben ser educados por terceros aunque [illegible] el Estado, sino por sus progenitores; en el dolor del hambre, sufrido por una sociedad que confió la providencia de la vida a una organización mercantilista, le descubrirá el valor del trabajo y del trabajo de la tierra, que es madre de todos los bienes; y en el dolor de la guerra, que destruye todos los lazos humanos, le descubrirá el gran valor de la

propia patria, en cuyas aras deben sacrificarse todos los otros intereses secundarios. Y como no hay familia, ni trabajo, ni patria donde no está Dios, el hombre descubrirá con todas las fuerzas de su ser a Dios que se ha hecho hombre.

Así se reconstituirán las naciones en sus fronteras propias y con sus propios destinos.

Pero para que haya paz será menester algo más, esto es, el reconocimiento de un bien supranacional, aún en el orden temporal. Porque así como las familias y grupos particulares han de subordinar todos sus intereses al bien más alto de la nación, así éstas, una vez constituídas c[illegible] u[illegible]n d d, deben subordinarse al bien espiritual de la Iglesia de Cristo y aún al bien temporal supranacional. Pero [illegible] p[illegible]ible si no surge un "Nuevo Carlomagno" que c[illegible]r[illegible]nando el orden de las naciones promueva el bienestar universal temporal y ponga su espada al servicio del Jerarca de Cristo.

El orgullo ha dividido las razas con la diversidad de las lenguas; es menester que la caridad las vuelva a unir. Procedentes de un mismo hombre, unidos por el origen, el orden natural pide que todas las naciones vivan unidas por la fe y la caridad: Uno es el poseedor del universo, y las cosas poseídas deben también congregarse en la unidad".

Y hoy, el Vicario de Cristo, felizmente reinante S. S. Pío XII, sobre un mundo desgarrado por la guerra, se levanta como *heraldo de paz* y recuerda las condiciones de esta unidad.

Enseñados precisamente por el doloroso fracaso de los expedientes humanos para alejar las tempestades que amenazan arrollar la civilización en su torbellino, muchos dirigen su mirada con renovada esperanza a la Iglesia, roca de verdad y de amor, a esta Cátedra de Pedro, que saben ellos puede devolver al género humano aquella unidad de doctrina religiosa y de código moral que en otros tiempos dió consistencia a las relaciones pacíficas entre los pueblos.

"Unidad a la que miran con ojos de nostálgica añoranza tantos hombres responsables de la suerte de las naciones, que experimentan diariamente cuán vanos son los medios en que un día cifraran su confianza; unidad que ansían multitudes tan numerosas de nuestros hijos que invocan diariamente al Dios de paz y de amor; unidad que anhelan tantos espíritus nobles, alejados de nosotros, que en su hambre y sed de justicia vuelven sus ojos a la Sede de Pedro esperando guía y consejo".

Quizá pronto, después que los pueblos sean amansados con infinitas tribulaciones, se vuelvan los príncipes de este mundo a Pedro, Vicario de Jesucristo y, en nombre de sus pueblos, le digan: *¡Señor, dadnos la paz!* Dadnos el reino de Cristo, *"reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia; reino de justicia, de amor y de paz.* Dadnos el imperio cristiano.

Dos imperios cristianos, o mejor, dos esbozos de cristiandad ha conocido la historia: la bizantina de Constantino y la romano-germánica de Carlomagno. Ambas, imperfectas, han desaparecido y, en cierto sentido, han fracasado. Han fracasado porque, en la práctica, han desconocido el gran misterio de Encarnación, o sea de Jesucristo, Dios, hecho hombre, del *"único y el mismo Cristo, Hijo unigénito de Dios,*

Este libro,
se acabó de imprimir
en Buenos Aires,
en casa de
Francisco A. Colombo,
el día 25 de noviembre
de 1940.